

VIGILIA PASCUAL

Ponderar lo que significa la fiesta de Pascua es difícil. San León Magno decía: «Todos los días, todos los tiempos, conservan huellas de alguna intervención de la bondad de Dios. Cualquier parte del año guarda relación con los sagrados misterios (...), pero ahora todo se presenta con mayor claridad y abundancia, porque no se trata de conmemorar este hecho o aquel, sino que lo celebramos todo, en su conjunto». Podríamos decir, con san León, que la Iglesia en la Pascua lo celebra todo. Al proclamar la resurrección de Jesucristo, empieza algo nuevo, de ahí que san Pablo hable de «una nueva creación». Por eso, en la vigilia pascual, la liturgia recorre toda la historia de la Salvación, empezando por la creación del mundo. De ahí que esta sea la celebración principal de la Iglesia. Y si en esta fiesta lo celebramos todo, también los efectos de la gracia serán superlativos. La resurrección de Jesucristo supone la culminación del año litúrgico y ha de ser vivida de esta forma por todos nosotros. En este sentido es muy importante que se note en nuestras celebraciones y también en nuestras casas. En Oriente, mucho más sensibles a este hecho, en este día los cristianos se saludan diciendo: «Jesucristo ha resucitado», a lo que se responde: «Verdaderamente ha resucitado. ¡Aleluya!».

Hay mucha gente enfermita por ahí porque no se cuida. Hay que cuidarse. Hay personas que a menudo o incluso cada día se hacen análisis para el colesterol, para el azúcar, para la sal... Muchos tienen bien controlado las pastillas y las medicinas. Hay personas que hacen dietas y miran mucho lo que comen y lo que beben. A veces incluso hacen grandes sacrificios por la salud.

Os propongo cuidar también la salud del alma, que también tiene sus enfermedades, y si no tenemos salud espiritual, nos ponemos también enfermitos. Por ejemplo, el tiempo de Pascua es el tiempo más adecuado para preguntarse cada día por la mañana: ¿A quién puedo hoy alegrar la vida, a quién puedo dar esperanza? Y en la oración y examen de conciencia de la noche: ¿A quién he alegrado hoy el día? Sería una buena manera de medir mi salud espiritual.

Con los cristianos puede suceder lo mismo que con los peces del mar, que viven en medio del agua salada y, sin embargo, cuando los comemos hemos de añadirles sal porque si no están insípidos y sosos. Lo mismo nos puede pasar a nosotros. Iniciamos ahora el tiempo de Pascua, vivimos en la alegría de la resurrección, pero puede que esta no nos empape por dentro. Dice san Pablo: «Si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe y vacía nuestra predicación». Si Jesús no estuviera vivo, las tinieblas del Viernes Santo se cernirían sobre la historia de los hombres y no habría esperanza alguna.

Ahora bien, si María Magdalena y los apóstoles pudieron comprobar que el sepulcro estaba vacío y tuvieron el gozo de encontrarse con Jesús resucitado, ¿no puede el hombre de hoy pedir algo semejante? Al afirmar que Jesucristo vive, afirmamos también que es posible encontrarse con Él. Esa experiencia se realiza en la Iglesia.

En el Catecismo se nos recuerda que «los misterios de la vida de Cristo han pasado a sus sacramentos». Por eso el tiempo pascual es un momento privilegiado para la administración de los sacramentos, especialmente el del bautismo, pero también la confirmación y las primeras comuniones. Es para que tomemos conciencia de que por la resurrección de Jesucristo ha comenzado una vida nueva, pero no en sentido metafórico, sino real. Por eso, en la lectura de este domingo, dice san Pablo: «Habéis resucitado con Cristo». Y tanto en las oraciones de la misa como en el Prefacio se hace referencia a la vida nueva que se nos ha dado a través de la resurrección. Jesucristo es la primicia de la vida que nos quiere dar a todos. Quien por la fe se abre a este misterio acaba confirmándolo en su interior por la fuerza del Espíritu Santo. Es lo que sentiremos cuando nos acerquemos al altar: comulgaremos al mismo Cristo realmente vivo y resucitado, que se nos meterá hasta el fondo del alma, con su fuerza, con su luz, con todo su ser glorioso.

Hemos acompañado a María durante esta Semana Santa. Nadie como ella ha sufrido tanto. Por eso, nadie como ella se alegra tanto en este tiempo de Pascua. Vivamos estos 50 días santos del tiempo de Pascua bien pegaditos a su lado, para que se nos contagie aunque sea un poquito de su inmensa alegría, que es la más grande porque es divina.